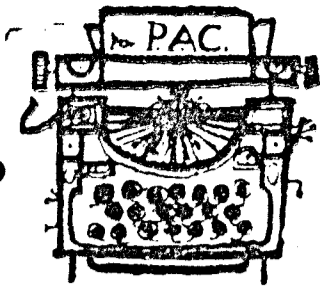


escrito a máquina

*Qué miras
en la noche?*



1. —Es difícil imaginar un período más confuso y contradictorio que el que atravesamos: no sólo se producen simultáneamente situaciones y actitudes humanas diametralmente opuestas: —señales evidentes de una decadencia, de una degradación sin límites (la más agresiva falta de solidaridad, el más sórdido egoísmo, las más inhumanas crueldades) junto a señales de un esperanzador renacimiento y de ejemplares virtudes sociales: (solidaridad hasta el sacrificio, lucha abnegada por la justicia, ejemplos de amor portentosos, etc.), sino que todo valor establecido se ha vuelto dual —con una cara para ti y otra para mí—: queremos asirnos a una palabra y uno es su significado para ti y otro para mí; queremos atenernos a un sistema y no hay pieza que no esté falseada; queremos ajustarnos a la norma de la Ley pero la norma se interpreta y se aplica para mí en una forma, para ti en otra; queremos —ya ahogándonos— ascender y aferrarnos a las grandes rocas de firmeza milenaria y detrás del que se llama hermano y crees ver la mano tendida surge la garra del enemigo, y detrás de la palabra Amor... suena el disparo. Por el contrario: el que tenías por oscuramente sospechoso —el que llevaba el rótulo de maldito— produce inesperadamente el bien, o brota la nobleza del que no sabíamos que era nuestro hermano, y se compadece del miserable y del marginado, no el que llevaba ostentosamente las filacterias de la caridad, sino el despreciado samaritano.

¿Cuáles son los faros para cruzar este mar confuso y nocturno? ¿Cómo guiarse entre tanta contradicción y entre las falsificaciones de tantos valores morales?

2. —La condición humana, ciertamente, nunca ha sido muy alentadora. Precisamente todo gran sistema moral ha surgido en la historia como un esfuerzo para pedir al hombre que, de una manera o de otra, supere su condición natural. Si el hombre no refrena ciertas tendencias naturales, tiende al caos. Pero hay momentos o situaciones —como la actual— en que son esos mismos sistemas morales que han orientado y normado su conducta, los que parecen haber entrado en crisis por muy diversas causas, pero, sobre todo, porque los encargados de guiar, de promover la superación, de ser el fermento de la masa —los que tienen autoridad, dirigencia o influencia— contradicen de tal manera, con sus acciones, sus principios, que la masa —incapacitada, casi siempre, para apreciar lo que no está encarnado— repudia o se lanza contra esos principios incumplidos que, en apariencia, sólo sirven para encubrir el daño o el mal. Es casi inevitable esta gruesa y destructiva equivocación: las más nobles ideas han sido apedreadas cuando los hipócritas las usaron de disfraz. Por eso Cristo fue tan duro con el fariseísmo: porque es devastador el efecto de la doblez en el mundo moral. Es menos dañino el mal sincero que la virtud falsa. Por eso también tiene un valor redentor y regenerador social tan alto un solo santo, un solo héroe, un solo mártir (a veces todo un siglo o todo un país o toda una cultura se ilumina o transforma por un sólo hombre): porque el valor del testimonio encarnado, el valor del ejemplo —de quien vive sus principios o sufre, o muere por ellos— es la forma vital más fecunda de sembrar ideas y de orientar conductas que todavía no ha encontrado superación ni sustitución en la historia del hombre.

3. Sería absurdo pretender que una persona, en esta época y menos en este país pueda erigirse en faro o en guía seguro para cruzar sin tropiezo ni desconcierto el mar de contradicciones que nos rodea. Si hay un momento en que estamos obligados a estar abiertos y atentos, a ser humildes para oír a los otros, a cultivar el diálogo de las ideas y de los corazones, a buscar soluciones en conjunto, es ahora cuando cruzamos un oscuro período de transición en el cual todo un inmenso sector de nuestra civilización está derrumbándose estrepitosamente, mientras surge algo nuevo, desconocido y desconcertante.

Lo que se impone es la actitud completamente opuesta a la que hemos tomado —sobre todo los cristianos— en los días actuales. No la intransigencia, no el orgullo o la obstinación en mantener decisiones o posturas —que por humanas pueden estar equivocadas—, no el desprecio al mensaje de novedad y a la impaciencia de nuestra juventud —que bastantes razones tiene para desasosegarse con la espantosa herencia que recibe—, no ganar la partida pequeña e inmediata para perder la gran partida del futuro: sino espíritu de amor, cultivo de la amistad, búsqueda de entendimiento, valoración de las fuerzas generosas que surgen y ofrecen su fe y su abnegación a la lucha por el hombre; conciencia de que el cristiano no es un insolente dueño de la verdad, sino un humilde busca-

VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

de ella en un difícilísimo camino entre tinieblas en el cual necesita compañía y ayuda. El faro es saber unirnos en nuestras intenciones y perplejidades para buscar juntos salida. No cerrar puertas cuando todo empuja a la dispersión, sino abrirlas, llamar, atraer, "la mies es mucha y los operarios pocos". El faro único es el amor. Porque sólo el amor encarna el ideal y hace vida los principios. Porque sólo el amor une y suma. Sólo el amor distingue lo falso de lo verdadero, el camino del camino transitable, lo pasajero de lo permanente. Sólo el amor produce solidaridad y sólo solidariamente podemos salvarnos.

PABLO ANTONIO CUADRA